

EDUARDO BERTI  MONOBLOQUE 

BREVE CATÁLOGO DE INVENCIONES IMAGINARIAS

INVENTARIO DE INVENTOS

(inventados)

IMPEDIMENTA

MIL INVENTOS Y ESTE INTENTO

Un gran escritor ruso decía que en toda casa, incluso en la más perfecta, siempre falta una habitación. La experiencia nos permite suponer que, si a la casa le añadiéramos esa habitación, faltaría otra más. El mundo es así, a imagen de la casa de *La muerte de Ivan Illich*: algo eternamente incompleto, algo a reinventar sin fin. Al mundo siempre le falta algo, y la humanidad no hace más que añadiduras, aunque se limite a engendrar basura o aunque, en su afán por engendrar y sumar, haga desaparecer cosas apreciadas, como especies animales o vegetales. Algunos creen, como en el tango de Enrique Cadícamo, que al mundo le falta un tornillo y no hay mecánico que lo pueda arreglar. Otros, menos pesimistas, se desvelan en inventar los remedios o los útiles para una vida o una sociedad mejor.

La insatisfacción, se sabe, es el motor que une a los artistas y a los científicos de todas las épocas y de todos los rincones del planeta. El deseo de que el mundo sea diferente. O la simple vanidad de decirse que, tras un pequeño acto, hemos sumado al paisaje algo que faltaba. Este libro, por ejemplo, no existía hasta que fue escrito e impreso. Para eso hubo que inventarlo.

Los escritores, también se sabe, son inventores en múltiples sentidos. Inventan personajes y conflictos entre personajes; inventan acciones, escenas e historias, pero también geografías, ciudades (la Macondo de García Márquez) o países (la Poldavia de Marcel Aymé). Inventan palabras (como Josef y Karel Čapek con «robot») o formas literarias (como Gómez de la Serna y sus «greguerías») y redescubren América cuando reinventan el libro, como el caso genial de Raymond Queneau con sus *Cien billones de poemas*, que ponen a funcionar una especie de máquina combinatoria de versos.

A esto se añaden los autores que en sus obras incluyen objetos que no existen (o que no existían entonces) en esa ilusión colectiva llamada mundo real. Y así llegamos al asunto que trata este libro, que no podía

llamarse sino *Inventario*, pues se ocupa de las invenciones ficticias: artefactos, herramientas y utensilios de toda clase, medios de transporte, medios de comunicación, implementos más o menos inútiles, brebajes y pociones más o menos mágicos.

Abundan, al respecto, ejemplos muy célebres (como la máquina para viajar en el tiempo o la píldora para volverse invisible o ser inmortal), pero asimismo otros menos conocidos, que el lector hallará aquí: desde el *Baby HP* del mexicano Juan José Arreola hasta la *kallocaína* (droga de la verdad) de la escritora y pacifista sueca Karin Boye, pasando por la *superficina* de Sigismund Krzyzanowski, la *máquina de rezar* de Roger Zelazny y diversas ocurrencias de autores tan variados como Jules Verne, Italo Calvino, Jorge Luis Borges, Alphonse Allais, J. R. Wilcock, Stanisław Lem, Juan de la Coba, Roald Dahl o Dino Buzzati. Como se trata de inventar, no hemos podido resistirnos... Y entre ellos deslizamos libros y autores ideados para la ocasión.

Desde los tiempos de Leonardo (inventor, pintor y autor de magníficas fábulas), e incluso desde antes, la frontera entre la creación artística y la creación científica o industrial ha llegado a ser delgada. Lo recuerdan el caso del italiano Leon Battista Alberti, sabio renacentista por excelencia, del francés Blaise Pascal, autor de pensamientos literarios y de una calculadora que funcionaba con ruedas y engranajes, de la norteamericana Amanda Theodosia Jones (a quien le debemos versos y el enlatado al vacío), del británico Richard Lovell Edgeworth, inventor del telégrafo aéreo y autor de un tratado para la educación de las hijas (quizá empleado en la formación de la futura novelista Maria Edgeworth) o el del poeta francés Charles Cros, amigo de Rimbaud y Verlaine y creador del paleófono, precursor del fonógrafo de Edison.

Sean un aporte científico o artístico, los inventos responden en definitiva a nuestros deseos, nuestros sueños humanos, nuestros temores, nuestras necesidades, curiosidades o ambiciones, y proponen formas de resolverlos. O, más modestamente, de nombrarlos. De jugar con ellos. De exorcizarlos o poetizarlos. La melancólica invención de Morel, precursora del holograma, es un ardid del que Bioy Casares, amante del cine y las mujeres, se sirve para metaforizar el deseo y la soledad, y para meditar sobre los objetos de la pasión. La muñeca Plastisex® que

presenta Arreola en un cuento («la mujer que ha soñado toda la vida: se maneja por medio de controles automáticos y está hecha de materiales sintéticos») apunta a la cosificación del ser humano.

El presente libro (catálogo de inventos, cruce de ficción y antología) se ha gestado a la par de una exposición consagrada al mismo tema. Una muestra/instalación donde se mezclan vídeos, dibujos y una gran biblioteca que, a su modo, «descompone» este inventario mediante cientos de libros reinventados. Los muebles para la muestra (bibliotecas, sillas, lámparas) fueron concebidos por Monobloque. Al igual que la tipografía para los títulos de este libro.

Si George Westinghouse y el millonario John Jacob Astor IV financiaron las clarividentes búsquedas de Nikola Tesla, si J. P. Morgan apoyó las experiencias de Thomas A. Edison, nosotros (más humildemente, desde luego) queremos dar las gracias en este breve prólogo a nuestros mecenas y, sobre todo, a la editorial Impedimenta, que ha tenido la osadía de patentar este *Inventario*.

..... Eduardo Berti & Monobloque
Poldavia, enero de 2017

You see things and you say
«Why?». But I dream things that
never were and say «Why not?».

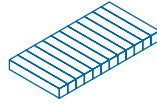
..... George B. Shaw,
Back to Methuselah

Cualquier cosa que no existe y
tiene un nombre termina por
existir; en cambio, cualquier cosa
que existe y no tiene un nombre
termina por no existir.

..... Silvina Ocampo,
Ejércitos de la oscuridad

INVENTARIO DE INVENTOS (inventados)

BREVE CATÁLOGO DE INVENCIONES IMAGINARIAS



ACERA MÓVIL

Los habitantes del planeta Beh no deben transpirar mucho porque les han inventado una acera móvil que se mueve muy despacio y les permite ir de compras, visitar a los amigos o pasear el perro sin caminar ni tomar un medio de transporte. «Como escaleras mecánicas, en suma», explica Gianni Rodari en sus *Cuentos por teléfono*. Lo que nadie sabe es qué hacer con las calles, ahora desiertas. Se han abolido los coches y los tranvías. Todo el mundo viaja por la acera móvil, sin darse demasiada cuenta, y las calles parecen únicamente servir para que los niños jueguen a la pelota. Hasta que se invente un terreno de fútbol móvil donde solo haya que patear. O hasta que alguien tenga una idea mejor: crear, en las calles desiertas, ríos de agua coloreada o laberintos de arena, hacer parques con una inmensa rayuela, plantar árboles y flores... O instalar allí una inmensa biblioteca con libros llenos de cuentos, entre ellos uno que habla de los habitantes del planeta Beh.

imag. 1



MÁQUINA DE NO HACER NADA

Allá por 1950, el humorista francés Pierre Dac imaginó un aparato que no servía para nada y, al mismo tiempo, podía servir para todo. Le puso un nombre (*schmilblick*) y adjudicó su supuesta paternidad a los hermanos Jules y Raphaël Fauderche.

Como dispuesta a demostrar que la sincronicidad es un fenómeno aplicable también a los inventos vanos, en abril de 1953 la agencia AFP anunció que un hombre de Los Ángeles, cierto Lawrence Walstrom o Wahlstrom, había logrado entre 1946 y 1952 la hazaña de montar una máquina de setecientas u ochocientas piezas que no servía absolutamente para nada, salvo para que el señor Wahlstrom (aunque parece que es Walstrom, sin «h») se pudiera «vengar del mundo mecanizado».

Según las informaciones de aquellos tiempos, Walstrom bromeaba con la idea de que su máquina (montada, entre diversas cosas, con restos de una bomba de la Segunda Guerra Mundial) era un detector de platos voladores al que prometía añadirle cincuenta piezas anuales sin alterar su perfecto funcionamiento.

Fascinado por la noticia de la *do-nothing machine*, el escritor belga Jacques Sternberg se permitió entonces proponer un lema publicitario: «Este aparato es su doble. Obsérvelo funcionar y verá su vida en el espejo de lo absoluto».

La máquina sobrevivió a su propia inutilidad, y hoy la conserva (o, al menos, hasta hace poco la conservaba) un tal Paul Freiling, al lado de otras curiosidades. Tal vez para no ser menos creativo que Lawrence Walstrom, el señor Freiling ha llegado a anunciar que halló, por fin, un modo de emplear su *do-nothing machine*. Sirve para agitar la bandera de Estados Unidos. Por qué no en señal de bienvenida a los platos voladores.



LÁMPARA MÁGICA

La primera lámpara mágica, siglos antes de *Las mil y una noches*, desconcertó mucho a su primer dueño. ¿Cómo usarla? ¿Cómo despertar al genio? ¿Cuántos deseos era posible pedir? El vendedor del bazar no tenía la menor idea. «Es un objeto novedoso», explicaba a sus clientes. «Parece que brota humo y se oye luego una voz... Pero no sé mucho más.» El primer dueño de la primera lámpara mágica, después de desembolsar por ella cien monedas de oro, pasó larguísima días tratando de que funcionara. Como es lógico (como es lógico en los cuentos), encontró la solución de casualidad, cuando menos lo esperaba, limpiándola, frotándola para quitarle los dedos y otras marcas estampadas al cabo de mil y un intentos y de mil y un desengaños. El genio apareció, por fin, algo nervioso porque también para él era un bautismo. El dueño y el genio de la lámpara se miraron un buen rato, sin saber de qué forma actuar. La literatura no había inventado todavía eso de «¿qué desea usted, mi amo?» ni eso de «soy el genio y he de concederte tres deseos». Peor aún, el mismo genio no sabía si los deseos que al parecer él podía hacer realidad tenían alguna clase de limitaciones o si, en cambio, todo estaba permitido. Cuesta decir quién tuvo la idea: si el dueño, el genio o los dos en simultáneo. El caso es que el primer deseo (el tan preciado manual de instrucciones) fue también la solución que hizo posible más deseos en el futuro.

imag. 2